

Cuatro siglos y medio de encerramiento

MIKEL VIANA

Hace casi cuatro décadas Arturo Uslar Pietri iniciaba su ensayo "Los arrinconados venezolanos", afirmando que "la población venezolana está concentrada en no más de una cuarta parte de la superficie total del territorio del país". Todavía hoy esa afirmación describe sumariamente la realidad de la ocupación del territorio nacional.

El hecho más llamativo al respecto es la asombrosa continuidad histórica del patrón de ocupación territorial: los venezolanos de hoy vivimos aglomerados sobre la estrecha franja de tierra que se extiende a lo largo de la Cordillera Andina y se proyecta a lo largo de las costas del Centro del país y en la boca del Lago de Maracaibo, al Occidente. Precisamente sobre este territorio se extendieron las fundaciones de los conquistadores y colonos españoles de los siglos XVI y XVII.

DE EL DORADO A LA AGROEXPORTACION

A lo largo del siglo XVI, el territorio actual de Venezuela es cruzado una y mil veces en todas direcciones por alemanes acreedores de la Corona y aventureros españoles: Alfinger, Espira, Federman, Rembold, Carvajal, Fernández de Serpa, Alonso de Herrera, Ordaz, Ortal, Sedeño y mucho otros presos de la alucinación de El Dorado buscaban el reino de los edificios y calzadas de oro. Más pronto que tarde, al no encontrarse metales preciosos, España perdió el interés por el territorio de la futura Venezuela; la ausencia de atractivos económicos, la hostilidad del medio y la belicosa población indígena de difícil reducción determinaron la posición de colonia de tercera.

Sin embargo, a pesar de la precariedad de las condiciones del establecimiento hispano, a fines del siglo XVI, una cadena de pueblos con construcciones de bahareque y cañas dejaba establecido el patrón futuro de poblamiento: San Cristóbal, La Grita, Mérida, Gibraltar, Trujillo, El Tocuyo, Carora, Barquisimeto, Coro, Maracaibo, Borburata, Nirgua, Valencia, La Victoria, San Sebastián, Caracas, La Guaira, Caraballeda, Barinas, Guanare, Cumaná y La Asunción.

Las características de la organiza-

ción social indígena impidieron a los conquistadores contar con abundante mano de obra servil y con tradición agrícola, de forma que el desarrollo de la agricultura en los siglos XVI y XVII fue muy limitado. Con mano de obra esclava se establecieron plantaciones de cacao, tabaco, caña, añil y cocos que permitieron una cierta producción de excedentes destinados a la exportación. Las plantaciones se establecieron siempre en las costas o sobre las vías de fácil acceso a los puertos de La Guaira, Maracaibo, Puerto Cabello y el Golfo de Cariaco. Las plantaciones se establecen siempre en las costas o sobre las vías de fácil acceso a los puertos de La Guaira, Maracaibo, Puerto Cabello y el Golfo de Cariaco, que son precisamente los espacios donde se localiza actualmente la población predominantemente negra.

Tanto la precariedad general de la implantación hispana como el destino de los excedentes agrícolas hacían que la vinculación con la Metrópoli —a través de los puertos— revistiera vital importancia. Este hecho explica en buena medida el patrón de poblamiento occidente-norte-costero.

Las fundaciones de poblados en los Llanos y la Guayana son menos numerosas e importantes, y en su momento correspondieron a la acción de los misioneros. Los franciscanos, después de sus establecimientos tempranos, al inicio de la conquista, en las costas orientales, reinician sus incursiones desde la desembocadura del Unare por los llanos orientales hasta las riberas del orinoco; los capuchinos se establecen en torno a la confluencia del Caroní y el Orinoco, desarrollando una próspera ganadería que a principios del siglo XIX abastecerá al ejército patriota; los jesuitas procedentes de Santa Fe de Bogotá fundarán docenas de aldeas en las llanuras próximas al Orinoco. Sin embargo, también durante el siglo XVIII se produce un proceso de expansión interna que desde los poblados tradicionales se proyecta hacia los llanos donde el hato ganadero se extiende en el espacio y funda un régimen económico relativamente floreciente.

En la segunda mitad del siglo XVIII se observan dos fenómenos: el estancamiento del proceso fundacional

de poblados y la dinamización del proceso agroexportador debida a la acción de la Compañía Guipuzcoana. Desde mediados del XVIII no surgen nuevos centros poblados. El desarrollo de la agricultura de plantaciones para la exportación y la actividad comercial que se desarrolla en los puertos y principales ciudades de la franja norte-costera, apuntala el esquema de poblamiento heredado del siglo XVI y permite el florecimiento de la vida urbana que se presenta en la segunda mitad del XVIII.

Peró los valles andinos, los centro-occidentales y los de Aragua, reduciendo sus relaciones con el exterior, parecen cerrarse sobre sí mismos en una suerte de autocomercio en la incomunicación, que crea condiciones propicias para desarrollar marcadas subculturas regionales que todavía hoy imprimen carácter a sus pobladores.

Cuando adviene la crisis del orden colonial la mayor parte de la población se encuentra consistentemente asentada en los valles andinos y las regiones de occidente y el norte costero. El latifundio agroexportador es la base económica que consolida este patrón de poblamiento, permitiendo niveles apreciables de prosperidad económica a los propietarios de la tierra congregados en los centros urbanos, donde se desarrolla la actividad comercial y una cierta producción familiar mercantil. En los llanos, la población es muy dispersa y se establece en aldeas de donde procede la peonada al servicio de los hatos ganaderos que se multiplican. En la Guayana la penetración es muy limitada y tiene como centro las misiones del Caroní con una base productiva eminentemente pecuaria.

EL SIGLO DE LAS GUERRAS

A partir de las luchas de Independencia todo el convulso siglo XIX va a ser el escenario del retraimiento de las avanzadas pobladoras de los llanos y la Guayana. La guerra de independencia prácticamente acaba con la ganadería guayanesa y la base productiva de las sabanas, el hato de ganadería extensiva, será castigada sistemáticamente en el siglo de las guerras: el ganado se convierte en el botín de guerra. Angostura, San Fernando, Puerto Nutrias, El Baúl, El Pao y otras poblaciones ribereñas de

los ríos llaneros, que habían alcanzado auténtico esplendor apoyado en el comercio internacional de productos agropecuarios haciendo uso de las vías fluviales, caen por obra de las guerras en la mengua irredimible de la que todavía hoy son testigos sus otrora brillantes construcciones. La asolada población llanera se repliega al norte y a centro-occidente, huyendo del encuentro con los caudillos y sus peonadas alzadas.

La primera década de vida republicana presenció una cierta recuperación económica, pero a partir de 1839 las condiciones se hicieron adversas. La crisis agrícola incitaba la revuelta social. Las masas populares veían frustradas las promesas de tierra hechas en los días de las luchas independentistas; los jefes militares se habían integrado a las élites terratenientes; los esclavos seguían sometidos y todo parecía conjurarse contra la estabilidad social y económica. En semejantes condiciones nadie corría el riesgo de cultivar la tierra o criar ganado. La mengua de los llanos no se hizo esperar. El arrinconamiento secular de los pobladores de Venezuela se perpetuaba.

Si en el siglo XVIII se había producido un moderado proceso de integración territorial, en el siglo XIX la involución es manifiesta: el actual territorio de Venezuela está dividido en regiones inconexas y desintegradas. Los Andes, Maracaibo, Puerto Cabello-Centro Occidente, La Guaira-Caracas, Cumaná-Carúpano y Angostura, forman otros tantos islotes prácticamente carentes de relaciones mutuas.

Hace ahora un siglo, los proyectos modernizadores de Guzmán Blanco no implicaban modificación del patrón de poblamiento: todo el esfuerzo que se concretaba en once proyectos ferrocarrileros estaba dirigido a poner los productos agrícolas y mineros tradicionales en los puertos. Un claro reforzamiento del patrón de localización de la población y las actividades económicas heredado de la colonia agroexportadora.

Por otro lado, la ausencia de un renglón económico capaz de dinamizar el proceso venezolano, bloqueaba los sueños de Guzmán de entregar el país al capital europeo para el desarrollo de espacios vírgenes: "todo el mundo hubiera visto que allí no se compromete Venezuela a nada, sino que autoriza a millonarios europeos para mandar hombres de ciencia y prácticos a explotar y estudiar el país; y según sus informes ora explotar las minas de carbón, de oro o cobre, ora establecer usinas que hagan



posible la exportación de nuestro azúcar, o bien hacer grandes plantaciones de tabaco en las planicies de Capadare, o hacer inmensas propiedades de cacao, bien realizar ferrocarriles y llevar toda la inmigración que necesitamos, y navegar con vapores nuestros ríos y canalizar el Tuy, el Unare, el Zulia y el Uribante, el Arauca y el mismo Meta".

LA OCUPACION RENTISTA

Los venezolanos inician el siglo XX ocupando el mismo espacio y dedicados a los mismos menesteres de sus abuelos coloniales. El 80 por ciento del territorio nacional les es ajeno.

En la década de 1920 ingresa definitivamente Venezuela a la explotación y al mercado internacional petrolero. Todos estamos conscientes de las profundas modificaciones introducidas por el petróleo en Venezuela; sin embargo, la explotación petrolera no modifica sustancialmente el patrón de localización de la población y las actividades económicas del país.

La dinámica poblacional estimulada por la explotación petrolera no es expansiva: los campos petroleros están situados predominantemente en las áreas tradicionalmente pobladas. Por otra parte, la actividad petrolera presenta mínimos requerimientos de ocupación territorial y en el largo plazo reduce sus requerimientos de mano de obra. Al establecerse los campos petroleros se produjo una afluencia de mano de obra liberada de la agricultura de subsistencia que se concentró en poblados de la costa oriental del Lago de Maracaibo y en las planicies del oriente. A diferencia de otros países petroleros, en Venezuela no hubo una población campesina que extendiera las fronteras agrícolas a

la zaga de la exploración petrolera. Al surgimiento del petróleo le acompañó la crisis ya crónica de la agricultura, precipitada por la caída de precios en el mercado internacional.

Después de seis décadas se percibe cómo la renta petrolera acentuó la dinámica de concentración de la población y las actividades económicas en el reducido espacio occidente-norte costero. La renta petrolera es apropiada por el Estado —cuyo establecimiento institucional se concentra en la capital— y es distribuida por vía del Gasto Público, preferencialmente en los grandes centros urbanos y en favor de las clases dominantes allí establecidas. De este modo, la distribución de la renta petrolera consolida y amplía el poder económico de los estratos dominantes en el anterior período agroexportador que reorientan sus actividades económicas hacia el comercio, las finanzas, la especulación con tierras urbanas, la prestación de servicios, la construcción y eventualmente la industria manufacturera. Sin embargo, tampoco esta diversificación de actividades económicas implicó la ampliación del dominio sobre el territorio pues se asentó en los centros urbanos tradicionales.

La crisis agrícola propicia además el éxodo campesino a las ciudades. A medida que avanza el proceso aparece la clara tendencia a concentrarse la población desplazada en los centros urbanos, en los que se distribuye una cuota mayor del Gasto Público: la Región Capital y Centro Costera.

A partir de la década de 1950 están dadas las condiciones para que no sólo se mantenga el patrón de poblamiento y localización de la actividad económica heredado de la economía

agroexportadora, sino que se acentúe la dinámica de concentración poblacional y económica en media docena de centros poblados del arco occidente-costero. El petróleo había modificado radicalmente la Venezuela tradicional, pero había respetado la estructura de ocupación del territorio.

ANOS DE EXODO E INDUSTRIA SUSTITUTIVA

En la década de 1950 se acentúa el flujo migratorio procedente de los Andes, Centro Occidente y los Llanos orientales hacia Caracas. El inicio del proceso de industrialización contribuye a la concentración urbana porque se establece directamente en los grandes centros de consumo o bien en relación con los puertos desde donde se distribuyen las materias primas importadas. Entre 1950 y 1960 en las Regiones Central y Capital se concentró entre el 50 por ciento y el 65 por ciento de la mano de obra industrial respectivamente. Se establece el eje urbano-industrial que comprende Guarenas-Caracas-La Guaira-Maracay-Valencia-Puerto Cabello y Morón vinculado a un tiempo a los grandes centros de consumo y a los puertos del centro del país. Al mismo tiempo se desata el proceso de ocupación de tierras agrícolas de los valles próximos a Caracas y de Aragua, bajo la presión urbano-industrial haciendo prácticamente irreversible la recuperación de los suelos para fines agrícolas.

También durante esta década se produce la más significativa inmigración extranjera de la que se esperaba un sustancial impulso a la actividad agrícola. Sin embargo, los inmigrantes se asentaron predominantemente en los grandes centros urbanos, donde se dedicaron a actividades comerciales, construcción y pequeña manufactura.

Dos modificaciones en la ocupación territorial tradicional operadas en la década de 1950 merecen mención: la ampliación de la frontera agrícola en la Colonia de Turén, donde en base a inmigración europea se inicia el cultivo de casi 10.000 kilómetros cuadrados; y el inicio de la explotación agropecuaria al sur del Lago de Maracaibo. Fuera de estos hechos, todo el proceso demográfico consolida y concentra el desequilibrado patrón de ocupación territorial tradicional.

LA DEMOCRACÍA

A partir de la década de 1960 la red carretera nacional ha llegado a consolidarse de forma que su trazado apun-

tala la estructura de poblamiento y ocupación territorial occidente-norte costero. Caracas aparece como el nudo al que convergen todos los trazados. El eje Caracas-La Guaira-Maracay-Valencia-Puerto Cabello-Morón resulta privilegiado por la red carretera. En este período se inicia la experiencia de Ciudad Guayana, vinculada junto con las planicies orientales, a Caracas por la red carretera radial. Se inicia el movimiento migratorio de la región nor-oriental hacia Ciudad Guayana.

La red carretera nacional tiene un efecto decisivo en la dinámica de concentración social y económica en los núcleos urbanos mayores. Por una parte imprime dirección y destino a los flujos migratorios que vacían los valles agrícolas andinos, occidentales y centro costeros; pero por otra parte debilita el papel de ciudades intermedias que en las anteriores décadas operaban como centros de acopio y tránsito de la producción.

La incorporación de nuevos espacios a la dinámica económica a partir de 1960 se debe a la creación de infraestructura agrícola y su aprovechamiento en torno al embalse de las Majaguas en los Llanos Occidentales, la Represa del Guárico en torno a Calabozo y en menor medida las explotaciones agrícolas de los llanos de Barinas. Ciudad Guayana es el caso más llamativo de creación de un centro urbano mayor a partir de un complejo minero-industrial: aparte de la dependencia que exhibe respecto al centro del país a lo largo de su formación, pone de manifiesto la falta de relación entre el esfuerzo en materia de inversiones y la cuantía del desarrollo urbano-poblacional: después

de dos décadas de descomunales inversiones, en Ciudad Guayana no llegaba a concentrarse el 5 por ciento del empleo industrial.

De este modo, en la década de 1960 se acentúa la dinámica de concentración en los grandes centros urbanos tradicionales, se debilitan los centros intermedios y el esfuerzo dirigido a incorporar nuevos espacios a la dinámica económica y poblacional se caracteriza por altísimos requerimientos de inversión y escuálidos logros sociales y económicos.

LA RECIENTE SIEMBRA DEL PETROLEO

En la última década, tampoco hay modificaciones mayores del patrón de establecimiento poblacional. Sin embargo, se da el afianzamiento de espacios agropecuarios abiertos en décadas anteriores y se amplían otros, aunque con escasa dinámica poblacional asociada: se crea la infraestructura y se inicia la producción en nuevas áreas, pero sin movilizar población hacia nuevos asentamientos en proporciones significativas.

La ganadería se extiende al sur del Lago de Maracaibo y el piedemonte andino atrayendo mano de obra colombiana. Los módulos de Mantecal establecen la base para un futuro aprovechamiento agropecuario con control del recurso agua en los llanos de Apure. El espacio agrícola de los llanos centro-occidentales se amplía con Turén II. Las obras hidráulicas de Yacambú afianzan el futuro agrícola del valle de Quibor en un área ocupada desde la Colonia pero hasta ahora precaria en sus condiciones para la producción. Hacia el Oriente, se intensifica la actividad agrícola en la Mesa de Guanipa, fundamentada en las



oleaginosas y la reserva forestal de Uverito incorpora vastas llanuras improductivas, al aprovechamiento integral centrado en el recurso madera.

A mediados de la década de 1970 se inicia un cambio en la localización de la grande y mediana industria: los precios y la escasez de espacios libres dentro de las ciudades estimulan la reubicación y las medidas oficiales de desconcentración industrial. Sin embargo, este proceso tampoco modifica mayormente el patrón de localización de la actividad industrial: las factorías se establecen en Guarenas, Valles del Tuy, Valles de Aragua y hasta las afueras de Valencia, en Tinaquillo. Se trata pues de una aparente desconcentración, que no modifica el rol y jerarquía de la Región Central en el patrón de ocupación económica y poblacional.

HOY Y MAÑANA

En el largo proceso de cuatro siglos y medio, el patrón de localización de la población y sus actividades económicas se caracteriza por su continuidad. Hoy el 80 por ciento de los venezolanos se concentra en un puñado de centros urbanos localizados en un arco que se extiende desde el occidente hasta la franja norte costera. En este arco, se encuentran las pujantes ciudades rodeadas de espacios deprimidos poblacionalmente. Frente a este arco de superconcentración poblacional, el resto del

país, los llanos, las riberas del Orinoco y la Guayana que constituyen el 85 por ciento del territorio se muestran como espacios vacíos sólo interrumpidos por algunos islotes en los que se han creado condiciones para la actividad económica, sin que la población haya sido atraída hacia ellos en una proporción que se corresponda con el monto de los esfuerzos realizados en materia de inversiones.

La distribución de la población entra en contradicción con la distribución de los recursos naturales. Al sur del Orinoco, donde está establecido apenas el 5 por ciento de la población, escurre el 85 por ciento del recurso agua del país; en la región Capital donde se apiña casi la cuarta parte de los venezolanos, apenas escurre el 1 por ciento del recurso agua. La presión urbana e industrial sobre los fértiles valles centrales ha creado un proceso irreversible de deterioro o anulación de suelos agrícolas, áreas verdes (pulmones) para las ciudades y cauces de agua. Las industrias ubicadas preferentemente en las inmediaciones de los grandes centros de consumo, habitualmente están separadas de los lugares de origen de las materias primas, etc.

Hoy como hace varios siglos, las tres cuartas partes del territorio venezolano permanecen intocadas y a la espera de plantas que hollen caminos y manos que recojan de la naturaleza su tributo

de solidaridad con el hombre. Los hacendados del siglo pasado pensaron que la paz haría posible el encuentro, pero llegó la paz y los venezolanos intentaron saborearla en sus viejos y protegidos pueblos. Fermín Toro creyó que sería la técnica la que propiciaría el encuentro, pero llegó la técnica a agazaparse en torno a los centros tradicionales de espaldas al país vacío. Guzmán aseguraba que la llegada de capitales rompería el encierro, pero la inundación de la renta petrolera propició bondades a los señores de antes, que son los de ahora, y repartió las sobras a las masas empobrecidas que abandonando la tierra cifieron los centros de poder y distribución rentista. Hoy la Venezuela rentista se apiña en el reducido espacio natural que violó y deteriora, dando todavía la espalda al verdadero Dorado que permaneció oculto a los Welser acreedores y los alucinados conquistadores.

Tal vez hoy es clara la necesidad de voluntad política, de la voluntad del Estado todavía poderoso, para hacer del territorio el espacio vital de las mayorías venezolanas. Pero seguramente esa voluntad será insuficiente a menos de que se perciba el reto civilizatorio de ocupar y aprovechar integralmente el espacio. El reto que El Dorado, el mercantilismo colonial, las guerras decimonónicas y el proyecto liberal no permitieron ver... el reto que la renta del petróleo positivamente ha ocultado.

LA NECESIDAD FUTURA DE TIERRAS PARA ALCANZAR EL AUTOABASTECIMIENTO RAZONABLE

El balance de tierras agrícolas

RAFAEL MARÍN R. *

La situación de la agricultura venezolana constituye un tema de permanente interés colectivo. El deterioro que ha venido afectando a esta actividad económica se refleja, entre otras cosas, en una marcada dependencia de la importación masiva de alimentos, a la cual se recurre de manera regular para redondear el abastecimiento nacional. Las cifras más recientes revelan que algo más del 50 por ciento del consumo total de

alimentos en el país debe ser cubierto mediante las importaciones. En la coyuntura actual caracterizada por una drástica reducción de la disponibilidad de divisas, es probable que las miradas se vuelvan hacia la agricultura y particularmente, a la necesidad perentoria de impulsarla definitivamente.

La agricultura es una actividad económica sumamente compleja, cuyos resultados dependen de la concurrencia de factores diversos en su origen e incidencia. Las políticas sectoriales, el financiamiento, los requerimientos fijos y eventuales de mano de obra, la tenencia de la tierra, la calidad de los recursos físicos, la disponibilidad de insumos in-

dustriales, los precios de los productos agrícolas, etc., son sólo algunos de los factores concurrentes.

EL RECURSO TIERRA Y SU BALANCE

Los recursos naturales asociados a la agricultura juegan un papel decisivo en su resultado. La dotación de recursos naturales del país de algún modo determina la conformación de un patrón agrícola y es una medida de su capacidad potencial para producir alimentos y materias primas agropecuarias.

El MARNR con la finalidad de tener una visión actual y futura de la situación de los recursos naturales re-

* Rafael Marín R. es Ingeniero Agrónomo al servicio de la Dirección General de Planificación y Ordenación del Ambiente del MARNR.